

TERCERA PARTE DE LA SANTA JUANA

ACTO PRIMERO

PERSONAS QUE HABLAN EN EL

| | |
|--|---|
| DON LUIS. (Toledo.) | ALDONZA. (La Sra. Petronila.) |
| CÉSAR. (Montemayor.) | PEINADO, <i>pastor</i> . (Aguado.) |
| DON DIEGO, <i>viejo</i> . (Cristóbal.) | DOÑA INÉS. (La Sra. Anna María.) |
| LILLO. (San Payo.) | CRESPO, <i>pastor</i> . (Aguado.) |
| CRISTO, NUESTRO SEÑOR. (Montemayor.) | MINGO, <i>pastor</i> . (S. Pedro.) |
| LA SANTA. (María de Morales.) | BERRUECO, <i>pastor</i> . (Juan Ximénez.) |
| SAN LAUREL. (Antonio de Prado.) | |

En Toledo, á 6 de Agosto de 1614 años, por Fr. Gabriel Téllez.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS y CÉSAR, como de noche.

LUIS. ¿Hay más de eso?
CÉSAR. ¿Es esto poco, don Luis, para obligaros á la razón que os provocho? ¿No basta para apartaros de ese pensamiento loco el saber cuán adelante ha estado mi amor constante y que fuí favorecido poco menos que un marido y mucho más que un amante? En un año que he gozado el dulce entretenimiento que ya niega á mi cuidado, mil veces mudé el asiento desde la silla á su estrado, y en él dando á mis amores esperanzas en favores de cintas, guantes, cabellos, he alcanzado otros por ellos, no sé si diga mayores. Esto es cierto; averigüaldo, y si veis que vuelve atrás vuestro crédito, dejaldo.

LUIS. ¿Tenéis que decirme más?
CÉSAR. Harto os he dicho, miraldo.
LUIS. Ya lo he visto, y como es el amoroso interés feria de cambios y trazas, sabéis mucho en sus trapazas, que sois, César, ginovés. Ya sé que vuestras porfías por remediar vuestros daños inquietan las dichas mías; que son propios los engaños en guerras y en mercancías, y como es guerra el amor y mercancía la mejor que pone el gusto en su tienda, por quedaros con la hacienda dais hoy en enredador. Pero no habéis de tener mucha ganancia conmigo, que es necio, á mi parecer, quien fía de su enemigo ó cree á su mercader. Doña Inés es principal y discreta, y siendo tal, cuando algún favor os diese no haría cosa que estoviese á su reputación mal,

y á hacella vos, en efeto, de cuatro eses con que han dado fama al amante discreto, la mejor habéis borrado, que es la ese del secreto; y á quien no sabe guardalle hace bien en despreciarle y échar de la voluntad á quien, quizá sin verdad, sus faltas echa en la calle.
CÉSAR. Refrenad la lengua airada, que en un caballero es mengua el no tenella enfrenada, y contra una libre lengua suele ser lengua la espada; que no sin causa parece lengua el acero que ofrece venganza que á la honra sigue, porque una lengua castigue lo que otra lengua merece. Y si el término os provoca de mi trato cortesano, responded por lo que os toca con la lengua de la mano y dejad la de la boca. Yo ha un año que á doña Inés pretendo y sirvo y después, puede ser que por venganza de celos ó de mudanza, que es mujer, y ella lo es, dicen que da en admitiros y en olvidarse de mí; yo he venido á persuadiros con término honrado aquí, mas pues no basto á advertiros cosas que pusieran tasa en el amor que os abraza, á ser más considerado, hoy vengo determinado á que no entréis en su casa. Mi resolución es ésta, la vuestra haced manifiesta luego, que de no lo hacer, la espada sola ha de ser quien me ha de dar la respuesta.
LUIS. A estar en otro lugar y no en la calle y la puerta de mi casa, sin hablar, respuesta os diera tan cierta como lo es vuestro pesar; pero en otro más capaz á vuestro amor pertinaz responderé por borralle, que es el reñir en la calle llamar á quien ponga paz.
CÉSAR. Yo no tengo sufrimiento para tanta dilación, y así, aquí vengarme intento.
LUIS. Castigará mi razón vuestro mucho atrevimiento. (Riñen.)

ESCENA II

Sale DON DIEGO, *viejo*.—DICHOS.

DIEGO. ¿Qué es esto? ¿Agora pendencia, y en la calle? Don Luis:

ten respeto á mi presencia; señor: tened, si os servís, á mi vejez reverencia. Loco; sosiégate ya, mira que tu padre está embotando á tu rigor los filos. Señor, señor, sosegaos.

LUIS. Entraos allá, padre, no deis...
DIEGO. Tente inquieto.
LUIS. Si os pierdo el respeto.
DIEGO. Impida mi amor tu enojo indiscreto.
LUIS. ¡Oh!
DIEGO. No pierdas tú la vida y piérdeme á mí el respeto; y vos, señor caballero, templad el airado acero, si á esto un viejo padre os mueve en esta agua, en esta nieve.
LUIS. Ya yo os advertí primero que no hace el valor alarde cuando riñe donde acuda gente que su vida guarde, y que siempre pide ayuda de aquesa suerte el cobarde; ya veis de eso prueba llana; yo os avisaré mañana donde, sin impedimento, nos veamos.
CÉSAR. Soy contento.
DIEGO. De su mocedad liviana algún mal suceso espero.
LUIS. ¡Oh, qué importuna vejez!
DIEGO. Tenme respeto.
LUIS. No quiero. (Va se.)

ESCENA III

DICHOS, menos DON LUIS.

DIEGO. ¡Quiera Dios que alguna vez no lo pagues! Caballero: no os vais, esperad un poco, si con ruegos os provocho.
CÉSAR. Ya yo os espero admirado de que á padre tan honrado desprecie un hijo.
DIEGO. Es un loco.
CÉSAR. Quien tan poca reverencia tiene á su padre no hay duda que morirá en la pendencia mañana, pues en mi ayuda ha de ser su inobediencia. ¿Qué es, señor, lo que mandáis?
DIEGO. Que la causa me digáis de este enojo. ¿Es por el juego?
CÉSAR. Todo es uno, juego y fuego, si una letra les mudáis; fuego es amor, y amor es ocasión de esta pendencia. Yo quiero á una doña Inés, tan bella, que en su presencia el sol se postra á sus pies; tan rica, que su caudal es á su belleza igual;

tan noble, como notable en hacienda, y tan mudable, como bella y principal; un año ha que la he servido dando el fuego que me abrasa tantas muestras, que he tenido en su calle y en su casa parabienes de marido; porque, aunque es tal doña Inés, la corte sabe quién es mi linaje y la nobleza que se iguala á mi riqueza.

DIEGO. ¿No sois César, ginovés?
CÉSAR. Para serviros.

DIEGO. La fama que en Madrid todos os dan tanto os celebra, que os llama rico, discreto, galán, y digno que cualquier dama de vuestro amor sea testigo. Hacéisme merced.

DIEGO. No digo sino sólo lo que sé. Estos favores gocé un año; pero, en castigo de lo que nunca he pecado, mudóse por persuadirme la variedad de su estado; mas, mujer y un año firme, ¿á quién no diera cuidado? Supe que quien eclipsaba la luz que mi amor gozaba era don Luis; pedile me escuchase, persuadile cuán mal á su honor estaba su pretensión amorosa, porque amar á doña Inés y no amalla para esposa no es posible, y esotro es empresa más peligrosa. Fué la respuesta, en efeto, no con el justo respeto y valor que merecía mi término y cortesía, mas no hay enojo discreto; obligóme á desafialle, no reparando en que estaba á su misma puerta y calle; llegastes, y aunque bastaba vuestra vista á sosegalle, hizo su cólera prueba de la inobediencia nueva con que ciego os respondió, y quien á vos se atrevió, ¿qué mucho que á mí se atreva? Este es, señor, el suceso y ocasión de esta pendencia.

DIEGO. Luis es mozo y travieso; y de su poca experiencia se arguye su poco seso; y pues en vos resplandece lo uno y otro, si merece obligaros mi vejez, tened á raya esta vez la furia que os embravece, que yo haré que don Luis no hable con esa dama

CÉSAR. por quien con él competís. Mal reprimiréis su llama, pues que tan mal reprimís la libertad con que os trata. DIEGO. No importa, que amor dilata las leyes entre hijo y padre, y en su rostro el de su madre, que esté en el cielo, retrata. Es mi único heredero, y aunque me pierde el decoro, no os espante si le quiero, que en su juventud de oro dora mi vejez su acero. Si esta razón es bastante no ha de pasar adelante, César, aquesta quistió.

CÉSAR. Como la reputación, que á un hombre es tan importante, no pierda en mí su valor, y él deje su intento, digo que, por serviros, señor, desde hoy en nombre de amigo, trueco el de competidor.

DIEGO. Dadme esos brazos por él, y de este enojo cruel, una amistad nazca nueva.

CÉSAR. Y el alma en ellos, en prueba de que soy su amigo fiel y hijo vuestro, si por vos deja aquesta competencia.

DIEGO. No la tendréis más los dos. CÉSAR. Yo fío en vuestra prudencia. Bien podéis.

CÉSAR. Adiós.
DIEGO. Adiós.

(Vase César.)

ESCENA IV

Don Diego solo.

Si la imagen al espejo causa amor tan excelente, como á la experiencia dejo, siendo sólo un accidente que pinta el cristal reflejo, ¿qué mucho llegue á querer un padre á un hijo en quien ver pueda, no como en cristal, su retrato accidental, sino su sustancia y ser? No tengo más de este hijo y si la vejez desea hacer que en tiempo prolijo su memoria eterna sea, y, como Séneca dijo: «por eso el viejo edifica para que en lo que fabrica viva su memoria quede.» ¡con cuánta más razón puede si en hijos su amor aplica eternizar su blasón sin que el olvido le ultraje, pues solos los hijos son para gloria de un linaje su eterna conservación!

Mil travesuras consiento á don Luis, y aunque siento que lo hago mal, el amor de las manos de el rigor quita el castigo violento.

ESCENA V

Salen LILLO y DON LUIS.—DICHOS.

LILLO. No estuviera yo delante y de carrillo á carrillo llevara un pasa volante con que diera al diablo á Lillo y olvidara el ser amante.

LUIS. ¿Eres valiente?

LILLO. ¿Eso dices?

¿No he hecho yo por que autorices mis lacayas maravillas que, como hay adoba sillas, hay aquí adoba narices? ¿Qué cara no he sobreescrito cual si fuera sambenito, donde quien vello desea en sus puntadas no lea *Lillo me fecit* escrito? Vive Dios, si el ginovés delante de mí te hablara que de un tajo ó de un revés la cabeza le enviara rodando hasta doña Inés.

LUIS. ¡Hay fanfarrón!

LILLO. No profeso menos que hazañas...

DIEGO. ¿Qué es eso, Luis? ¿dónde vos tan tarde?

LUIS. Voy á buscar un cobarde.

DIEGO. Si fueras á buscar seso no hicieras mal. ¿Qué locuras son estas que, á mi pesar, y por matarme procuras? ¿Qué es esto? ¿en qué han de parar, Luis, tantas travesuras? ¿Por qué usas mal de mi amor? ¿Por qué malogras la flor de tu edad desbaratada para que, en agraz cortada, me des vejez con dolor? Trújete de Torrejón, donde naciste, y mi hacienda te ha dado su posesión por verte correr sin rienda tras una loca afición de una villana, instrumento de mi deshonor y tormento, pues de suerte te ha cegado que me dicen que la has dado palabra de casamiento. Este peligro evidente remedié, que tu muerte era, porque en Torrejón su gente ni libertades espera ni atrevimientos consiente. Trújete á Madrid, y apenas limpié á mis primeras penas el llanto, cuando ya fundas

mi muerte con las segundas, que darme la muerte ordenas. Como sin madre quedaste en edad tierna y temprana, casi en brazos te criaste, Luis, de la Santa Juana, en quien mejor madre hallaste. No te espantes si me espanta, hijo, que de virtud tanta sacases tan poco seso y salieses tan travieso de los brazos de una santa; aunque de esta justa queja tu contraria inclinación desengañado me deja, que no es oveja el león por dalle leche una oveja. En cuantas cartas me escribe esta santa me apercibe el riesgo y peligro en que anda quien como tú se desmanda y tan sin prudencia vive. Dice que no te consienta tanta libertad, que impida con tus locuras mi afrenta, y tema el dar de tu vida á Dios rigurosa cuenta; mas mi paterna afición rompe por todo, razón es que de tu vida loca te duelas.

LUIS. Otra vez toca con tiempo, padre, á sermón, y predica algo más corto; ¡quizá me convertirás!

DIEGO. Cuando con amor te exhorto ¿esa respuesta me das? ¿Tan poco, Luis, te importo que verme muerto desees? Ruego al cielo que lo veas presto, pues te canso tanto. ¡No faltaba más de un llanto agora!

LILLO. Señor: no seas desa condición; ya ves que le enojas si replicas; llega y bésale los pies.

LUIS. Pues ¿también tú me predicas? DIEGO. ¿Quién es esta doña Inés que de nuevo te enloquece, y con pendencias te ofrece la muerte?

LUIS. ¿Quién ha de ser? ¿Querer bien á una mujer es milagro?

DIEGO. Bien parece, que eres mozo.

LUIS. Y tú eres viejo. ¿Parécete mal consejo si me casa mi ventura con la hacienda y la hermosura de una mujer que es espejo de toda la corte? Acaba.

DIEGO. En mujer empleas tu gusto de quien otro hombre se alaba más de lo que fuera justo; ya esto sólo te faltaba.

LUIS. César esa fama ha echado por verse menospreciado, que doña Inés no es mujer que le había de aborrecer, habiéndole una vez dado prendas ilícitas.

DIEGO. Muda de parecer y afición, pues mi experiencia te ayuda, don Luis, que no es razón casarte tú en esa duda. La honra es luz de la vida que hace la fama lucida; mas con tal riesgo se trata, que un soplo sólo la mata si no está bien encendida. César á probar se obliga lo que no es bien que yo crea; pero, para que se siga tu afrenta, cuando no sea, basta, Luis, que se diga. Esta vez tu afición ciega, pues tu padre te lo ruega, hijo, tienes que dejar. Damas hay á quien amar; sirve, ronda, gasta, juega y desperdicia mi hacienda, como no arriesgues la vida, que corre á morir sin rienda. César me tiene ofrecida su amistad como no ofenda tu amor el suyo: por mí ¿no harás esto?

LILLO. Di que sí, y después nunca lo hagas.

DIEGO. ¡Qué mal, Luis, mi amor pagas!

LUIS. Digo, señor, que por ti ni á Doña Inés veré más ni con César reñiré.

DIEGO. Júralo.

LUIS. En pesado das.

DIEGO. Jura, acaba.

LUIS. En buena fe.

DIEGO. ¿Ahora escrupuloso estás?

LUIS. ¿No juré? Déjame, pues.

DIEGO. Dios te libre de ocasiones. ¿Dónde vas, que la una es?

LUIS. A jugar unos doblones. (Ap.) A ver voy á doña Inés. (Vase.)

ESCENA VI

Dichos, menos DON LUIS.

DIEGO. Quedaos, Lillo, vos.

LILLO. ¿Quién, yo?

DIEGO. Vos, pues.

LILLO. ¿No he de ir con él?

DIEGO. No.

LILLO. Alto, pues, quédome aquí.

DIEGO. En mi casa os recibí desde el día que murió don Jorge, vuestro señor; y aunque sin mi gusto fué, como os tiene Luis amor, mi propio gusto troqué por el suyo; aunque mejor

fuera, según lo que veo, no ejecutar su deseo ni recibirlo así.

LILLO. ¿Qué [he] hecho yo, pobre de mí?

DIEGO. Que sois mucha parte creo en todas las travesuras de Luis.

LILLO. ¿Soy yo su ayo que á mí culparme procuras? ¿Soy más de un pobre lacayo? ¿Puedo yo en sus locuras ir á la mano?

DIEGO. Los dos os entendéis.

LILLO. ¡Plegue á Dios...!

DIEGO. Basta. De las mocedades de don Jorge y libertades os echan la culpa á vos; ya sabéis que esto es verdad. ¡Si en amos soy desdichado! De la poca voluntad que en Cubas os han cobrado vuestros milagros sacad.

LILLO. Mal me quieren sin razón; mas como villanos son, dicen que cuando cazaba don Jorge gangas, andaba tras ellas yo como hurón; y alguna causa han tenido, que no me quiero hacer santo; mas después de convertido y muerto don Jorge, es tanto lo que estoy arrepentido, que, á no importar encubrillo y ser soberbia el decillo, pienso, señor, que algún día verás en la letanía y calendario un san Lillo.

DIEGO. Págome muy poco yo de gracias; si no pensáis mudar de vida, cesó el salario que ganáis en mi casa.

LILLO. Aqueso no; todo lo dicho, señor, ha sido burlas; mi humor sabes, yo prometo al cielo ser desde hoy un san Ciruelo.

DIEGO. Si no ofendiera al amor que tengo á Luis, de casa os echara.

LILLO. No ha de ser tu favor con tanta tasa.

DIEGO. Que vais luego he menester á Cubas.

LILLO. Señor: repasa por tu memoria que estoy tan mal quisto, que si voy me tienen de mantener todos los de aquel lugar.

DIEGO. Importa que llevéis hoy, Lillo, á la beata Juana un regalo y un papel.

LILLO. Iré, aunque de mala gana. Mi sentencia llevo en él. ¡Oh, qué bellaca mañana, Lillo, esperáis, si no huís

y á costillas prevenís las tranças que considero! De la santa Juana espero el remedio de Luis, que, si cuanto pide alcanza de Dios, en quien su esperanza pone, teniendo afición á Luis, de su oración se ha de seguir su mudanza. La carta á escribille voy.

LILLO. ¡Oh, cuberos enemigos! temblando de aquí os estoy.

DIEGO. Gran cosa es tener amigos con Dios. (Vase.)

LILLO. Afúfolas hoy. (Vase.)

ESCENA VII

Tocan chirimías.—Arriba se aparece CRISTO con una túnica encarnada, como resucitado, y la SANTA JUANA junto á él. Música.

CRISTO. Ya llegó de mi Asunción el día por ti esperado; ya las llagas te he quitado de mi sagrada pasión. Si por tu importación, esposa cara, no fuera, de por vida te las diera; mas no las quieres, y así quiero volvellas á mí, que soy su divina esfera.

SANTA. Eterno Esposo: no están en mí con vuestra licencia con la debida decencia que á su inmenso valor dan. Francisco, que es capitán de vuestra iglesia, ese sí que es digno de el carmesí de esa amorosa librea, porque el mundo en ella vea el fuego que encierra en sí; en él sus joyas engasta justamente vuestro amor, que á mí sentir el dolor de vuestra pasión me basta.

CRISTO. Juana humilde, esposa casta, aunque sin llagas estás, mis dolores sentirás todos los viernes que vivas.

SANTA. Mercedes son excesivas; no hay, mi Dios, que pedir más.

CRISTO. Y pues hoy es mi Acensión y al cielo glorioso vuelo, quiero dejarte en el suelo de mi sagrada pasión las insignias; éstas son. (Aparécese la cruz y sobre ella la corona de espinas y tres clavos.)

SANTA. Todo el mundo os engrandezca.

CRISTO. Justo es que te las ofrezca: ¿Quiéreslas?

SANTA. Dulce amor, sí.

CRISTO. No hallo fuera de mí quien como tú las merezca. (Pónete la corona de espinas en la cabeza.)

Esta corona de espinas sembró en mi cabeza amor.

SANTA. ¡Ay mi Dios, qué gran dolor!

CRISTO. Mayor que el que en ti imaginas sintió en mis sienes divinas mi cabeza delicada. (Dale la cruz en la mano derecha.)

Esta cruz, esposa amada, te doy por más noble prenda. Con tu divina encomienda, rica quedará y honrada. (Dale los tres clavos en la mano izquierda.)

CRISTO. Los tres clavos, Juana cara, son estos que á mis esclavos libraron.

SANTA. Todos tres clavos poned, Señor, en mi cara, que ya mi ventura es clara, pues para que esté á mis pies la fortuna, que al través da con todo, hacéis que pueda, mi Dios, poner en su rueda, en lugar de un clavo, tres. Para alivio de la pena que siento ausente de Vos, buenas memorias, mi Dios, me dejáis.

CRISTO. Sí, que eres buena.

SANTA. Parezco una Santa Elena.

CRISTO. Darte sus insignias quiero.

SANTA. ¿Váisos, Pastor verdadero?

CRISTO. Sí, Juana.

SANTA. ¡Ay, prenda querida!

CRISTO. ¡Ay, mi esposa!

SANTA. ¡Ay, mi vidual!

CRISTO. ¡Ay, mi ovejal!

SANTA. ¡Ay, mi cordero!

ESCENA VIII

Encúbrese CRISTO y baja LA SANTA con las insignias, y aguardala abajo el ANGEL. Toquen chirimías.

ANGEL. ¡Juana mía!

SANTA. Mi Angel fiel, guarda damas de mi casa, fénix de amor que se abrasa como salamandra en él.

ANGEL. ¿Contenta estás?

SANTA. Mi Laurel, ¿no lo he de estar, si me ha dado las joyas mi enamorado que costaron lo que El vale, pues porque el precio le iguale le han costado su costado? Pues porque puedas gozar el bien que en ellos apoyas, quiero ser tu guardajoyas; en mi poder han de estar.

SANTA. Pues vos las queréis guardar mi hacienda estará segura.

ANGEL. Dios regalarte procura.

SANTA. ¿Váisos, Angel?

ANGEL. Juana, sí.

SANTA. Vamos, que no estoy en mí
no viendo á Vuestra Herмосura.
(*Vanse.*)

ESCENA IX

Sale ALDONZA, labradora, con una cesta de zarzamoras, unos manojos de trébol y poleo y otros de pajuelas, y con ella PEINADO, pastor.

ALDONZA. Persiguióme don Luis
de la suerte que te cuento,
un año, tiempo bastante
para aun quien sintiera menos;
criámonos casi juntos,
y empezando de pequeño
el amor, dicen, Peinado,
que se vuelve en parentesco.
Refrené mi inclinación
por ver que era caballero
y yo labradora humilde,
puesto que amor es soberbio;
pero como el resistirse
diz que es echar leña al fuego,
abrasábase don Luis
y amábale yo en extremo.
Dióme un martes en la noche
palabra de casamiento,
palabras pagué en abrazos;
mas fué en martes, ¡mal agüero!
Vino á saber á este punto
nuestro amor su padre viejo,
y remedió con ausencias
sus daños; ¡caro remedio!
Cuatro leguas de distancia
mil en su memoria han puesto,
que es niño amor y se olvida
con cualquiera tierra en medio.
A una doña Inés, que vive
en esta casa, hace dueño
del alma que ya era mía,
y así por mi hacienda vuelvo.
Esta es la causa, Peinado,
de mis celosos desvelos,
que han de costarme la vida
como me cuesta el sosiego.

PEINADO. Pardiez, Aldonza, que echastes
vuestro ciego amor á censo
en tan malas hipotecas
que no heis de cobrar á tiempo.
Es caballero don Luis,
y pagan los caballeros
tan mal ya deudas de amores
como deudas de dineros;
pero, pues no os ha gozado,
¿qué hay perdido?

ALDONZA. El sufrimiento,
la esperanza, los sentidos,
la vida, el alma y el seso.
A doña Inés haré creer
que es mi esposo.

PEINADO. Mas ¡qué presto
sabe una mujer forjar
cuatro docenas de enredos!
Mas pues vive aquí la dama
que le quillotra, entrad dentro
y cobrad siquiera en pajas,

que en Santa Cruz os espero.
ALDONZA. Prevéname en ella, Peinado,
si no le obligo, mi entierro.
PEINADO. ¡Qué dellos mueren de amores,
y qué pocos vemos muertos! (*Vanse.*)

ESCENA X

Don Luis y Doña Inés llorando.

LUIS. Enjugad, mi bien, los ojos
sin negarme la luz dellos,
que, pues son soles, no es bien
que lloren soles tan bellos.
Volvedme á mostrar sus niñas,
pues es niño amor, juguemos,
que no es bien que se levanten
cuando por ellos me pierdo.
César mintió, ya lo sé,
que alabarse es argumento
de las mentiras, que sabe
fingir el pesar y celos.

INÉS. ¡Ea, no haya más, amores!
¿Cómo, si con vida veo,
don Luis, á un mentiroso
que mi honor y fama ha muerto?
¿Joya es de tan poca estima
la honra, que en detrimento
de su reputación noble
el término que la ha puesto
una lícita afición
había de pasar? ¡Qué presto
os creistéis don Luis!
Poco amáis y poco os debo.

LUIS. Por la luz de aqueos ojos,
doña Inés, que no lo creo,
y que le desafié
sólo por ese respeto,
y he de matalle esta tarde.
¡Ea, mi bien, acabemos!
¿Somos amigos?

INÉS. No sé.

LUIS. ¿Quién lo sabe?

INÉS. Lo que os quiero.

LUIS. Dadme aquea hermosa mano,
honraré mis labios.
(*Asómase al tablado Aldonza.*)

ALDONZA. Bueno:
porque, celos, cierto veis
dice el mundo que sois ciegos.

ESCENA XI

Sale ALDONZA.—DICHOS.

ALDONZA. ¡Ay de mí! ¡Y á las pajuelas!
¿Quieren trébole y poleo,
pajuelas y zarzamoras?

INÉS. ¿Qué es esto?

ALDONZA. ¿Quieren poleo?

INÉS. ¿No hay zaguán en esta casa
para que pregonéis eso
sin entrar aquí?

ALDONZA. ¿Por qué entra,
si sabe, en la iglesia el perro?
Porque halla la puerta abierta;

pues ¿es mucho haber yo hecho
lo que un perro sabe hacer?
¿Quieren trébole y poleo?

INÉS. ¡Ojalá salíos allá fuera.

ALDONZA. ¡Ojalá digo que no quiero,
que también sé yo olear
sin ser cura ni haber muertos.

INÉS. ¿Quién os mandó entrar aquí?

ALDONZA. Naide, que no hay mandamiento
de no entrarás en la casa
de tu prójimo. ¿Ah, mancebo?
todos estamos acá.

LUIS. ¡Oh Aldonza! Pues ¿qué tenemos?

ALDONZA. ¿Qué sé yo? Pena de ver
que habléis con Costanza. ¡Puerros!
á ella digo; ¿no me compra
zarzamoras?

INÉS. ¡Qué molestos
que son siempre estos villanos!
Ya os digo que no las quiero.

ALDONZA. Pues compraldas vos, buen hombre,
que zarzamoras os vendo,
porque amor en zarzas mora
y así tan picada vengo.

LUIS. Aldonza: no seas pesada.

INÉS. ¿Conocéista?

LUIS. Mucho tiempo
ha que la vi en Torrejón.

ALDONZA. ¿Mucho tiempo, caballero?
Más ha que murió mi agüelo.
Pero dejémonos de esto
y compradme zarzamoras;
que en mi tierra yo me acuerdo
que andabais en busca dellas,
y entre las zarzas y enredos
de promesas incumplidas
y favores lisonjeros
llegastes á coger una
que el comella por lo menos
causó pena y costó gritos.
Súpoos bien y amargóos luego.

LUIS. ¡Oh, qué bachillera estás!

ALDONZA. Y vos sois un majadero,
pues á la Corte os venís
por zarzamoras, sabiendo
que aquí no las hay con flor
que se les pierde en naciendo;
y después de desfloradas
andan á la flor del remo (1);
mas como las zarzamoras
que comistes en mi pueblo
la voluntad os mancharon,
y vuestro gusto cumplieron,
y para quitar las manchas
de moras no hay tal remedio
como buscar otras nuevas,
querréis quitalle al deseo
la mancha con esta verde:

¡huego en vos y en ella huego
si os creyere como yo!
Geroglíficos son estos,
don Luis, no de villana.
¡Qué esto sufró, vive el cielo!
Loca, ella me enreda aquí,

INÉS. Geroglíficos son estos,
don Luis, no de villana.

LUIS. ¡Qué esto sufró, vive el cielo!
Loca, ella me enreda aquí,

(1) Remo dice el original, aunque parece debe de ser «berro».

si la escucho y me detengo;
quiero ausentarme por ver
si me sigue, que sospecho
que el infierno la ha traído
para fin de mi sosiego.
Mi padre me está esperando,
yo volveré presto á veros;
no creáis rusticidades
de villanos.

ALDONZA. Pagaréislo.
LUIS. ¡Villana, si no calláis..! (*Vase.*)

ESCENA XII

DICHAS, menos DON LUIS.

ALDONZA. ¿Amenazas? ¡Lindo cuento!

INÉS. ¡Hao! ¿no compráis zarzamoras?

INÉS. Si como zarzas los celos
despedazan las entrañas,
zarzas están deshaciendo
mi engañado corazón
con espinas de tormentos.
¿Qué enigmas son los que has dicho?

ALDONZA. ¿Soy yo tienda de barbero
que de enigmas se compone?

INÉS. La verdad deciros quiero.

Sabed que á una zarzamora
picó este tordo en mi pueblo
dándola antes de picalla
palabra de casamiento.

Si empalagado procura
con promesas y embelecos
picar en vos, ¡oje allá!
zarzamora, tened seso,
que tien ya este tordo torda
y os quiere burlar aquesto.
Basta, y ¡á las zarzamoras!

INÉS. Escucha.

ALDONZA. ¿Quieren poleo? (*Vase.*)

ESCENA XIII

Inés sola.

¡Oh engañoso don Luis!
De tu natural travieso
y mudable condición
no te esperaba sino esto.
Aunque tanto te he querido
no viene tarde el remedio;
á César dejé por ti,
desde hoy por César te dejo.
Hoy daré satisfacción
á mi venganza y sus celos
y á mi mudanza disculpa.
¡Ay hombres, plumas al viento!

ESCENA XIV

LA SANTA y CRESPO, MINGO y BERRUERO, pastores.

CRESPO. Madre Juana, esto ha de ser,
que es amparo de Toledo.

SANTA. Nada valgo y poco puedo.

CRESPO. No hay que habrar. Ha de saber que si Mari Crespa da en rezongas y en porfias, aunque habre veinte días arreo no callará si todo el pueblo se junta y con cura y campanilla va en procesión á pedilla que calle un poco.

MINGO. Despunta de habradora, y es gran mengua que una mujer habre tanto.

CRESPO. ¡No la diera el cielo santo almorranas en la lengual Vine de la arada ayer cansado, si en ocasiones cansan tanto los terrones como hablando una mujer, y dije: ¿qué hay que cenar? Dijo: Olla.—No quiero olla, respondí, si con cebolla la vaca podéis picar y her un salpicón.—No quiero, respondió, si que cenéis olla.—No me reprimáis ni andemos al retortero, Crespa de la maldición, dije; y dijo:—Heis de cenar olla, no hay que porfiar.—No ha de ser si salpicón, respondí.—Pues no hay sino olla;—Pues salpicón ha de ser.—Pues olla habéis de comer. Subióse el humo á la cholla y levantando las haldas del sayo, con un bastón, haciéndola salpicón los güesos en las espaldas, por más que anduvo la folfa sin decir «Dios sea conmigo,» daba gritos:—Olla digo, olla quiero, no hay sino olla. Y dalle que le darás, ella olla, yo salpicón, hasta que quebré el bastón y ella no pudo habrar más. Pero aunque no pudo habrar, por salir con su interés, arrastrando cuerpo y pies se hué derecha al vasar, y aunque no podía ganir, dijo después que se echó entre las ollas que halló: «Entre ollas he de morir.» Hice matalla una polla, por vella tan mal parada y llevándosela asada, dijo:—No ha de ser sino olla; y tanto en su tema dura, que habiendo el cura venido, por decir: «Confisión pido», le dijo: «Olla, señor cura.» Ella queda, en fin, de suerte que hoy se irá, á lo que me fundo, por ollas al otro mundo y á mí me piden su muerte, si no es por vos, madre Juana,

curádmela de tal modo que, porque sane del todo, la dejéis la lengua sana.

SANTA. Crespo: el hombre que se casa, á sufrir está obligado los defectos de su estado y las faltas de su casa. La cabeza no maltrata ni menosprecia los pies; curalda, y ved que no es mala la mujer que trata bien su honor y le respeta, y llevad con más amor faltas que no son de honor; que no hay cosa tan perfeta que alguna falta no tenga en el mundo; regalalda, hermano Crespo, y curalda, porque á morir se no os venga.

CRESPO. Si es la lengua cruel veneno en la mujer, madre Juana, y éste con otro se sana, remedio para harto bueno por quitalla este quillotro que la hiciéramos comer la lengua de otra mujer, sanara un veneno al otro; mas, pues no hay tienda de lenguas y me puso esta cruz Dios, pedid que la sane, vos, que yo sufriré mis menguas.

ESCENA XV

Sale LILLO.—DICHOS.

LILLO. La madre Juana está aquí: con no poco temor llevo.

SANTA. ¡Oh, hermano Lillo!

LILLO. Don Diego, mi señor, que sólo en ti puesta su esperanza tiene, aquesta carta te envía y para la enfermería, mientras que á verte no viene, un regalo y cien ducados de limosna.

SANTA. Siempre da con largueza. ¿Cómo está?

LILLO. Con infinitos cuidados en que don Luis le ha puesto.

SANTA. Algún mal le ha de venir notable por consentir que viva tan descompuesto. Y el hermano, ¿no escarmienta, en dos amos que ha tenido, á quien tan mal ha servido? ¿No sabe que ha de dar cuenta delante el tribunal mismo de Dios?

LILLO. Soy un mal cristiano que, pecando en castellano, he de dar cuenta en guarismo; pero yo juro: la enmienda si el perdón de Dios me alcanza.

CRESPO. ¡Hao! ¿esta es la buena lanza por quien nuestro honor y hacienda

don Jorge habría destruído á no morir?

MINGO. ¡Que se atreva venir aquí!

BERRUEC. Si no lleva el castigo merecido, no somos hombres de bien.

CRESPO. Uno trazo que no es malo.

LILLO. En el torno está el regalo y los dineros también.

SANTA. Vaya, pues, hermano, al torno, y respuesta llevará.

CRESPO. Y en volviendo por acá le daremos el retorno de las burlas que nos debe.

SANTA. La salud pedirá á Dios de vuestra mujer, y á vos os pido, si la ira os mueve otra vez, que no deis muestras de vuestra necia crueldad; sus faltas disimulad, pues ella sufre las vuestras.

(Vanse La Santa y Lillo.)

ESCENA XVI

DICHOS, MENOS ÉSTOS.

CRESPO. Yo juro no hella más daño por que más no nos inquiete; y nos pague este alcagüete lo de antaño y lo de hogaño, un castigo le he de her con que se acuerde de mí; una purga compré.

MINGO. ¿Sí?

CRESPO. Para dar á mi mujer, que la recetó el doctor y ella recibir no quiso.

MINGO. Hizo bien.

BERRUEC. Eso la aviso.

CRESPO. Hagamos que este hablador la tome, y purgue con ella todas las bellaquerías que quillotró en tantos días.

BERRUEC. Bien decís.

CRESPO. Pues vó por ella.

MINGO. Andad y buena pro le haga.

CRESPO. En saliendo hel de esperar, que, pardiez, ha de purgar las entrañas por de zaga. (Vase.)

ESCENA XVII

Sale LILLO.—DICHOS, MENOS CRESPO.

LILLO. Con la Santa he despachado lindamente; quiera Dios, Lillo, que os escapéis vos deste pueblo conjurado; pero, aquí están; ¿qué he de hacer?

BERRUEC. ¿Qué hay por acá, señor Lillo?

LILLO. Hay harto unguento amarillo si quieren llegar á oler.

MINGO. ¿No mos responde?

LILLO. No puedo, que cierta prisa me avisa

que me vaya, y una prisa, si es de tripas y con miedo, no repara en cortesías.

BERRUEC. Pues hoy ha de reparar en ellas á su pesar. (Deteniendo.)

LILLO. Acerté, desdichas mías. Déjenme ir, que siento en mí temerario desconcierto.

MINGO. No se ha de ir, aquesto es cierto.

LILLO. ¡Por Dios, que me vaya aquí si no me dejan, señores!

BERRUEC. Alléguese, socarrón; agora sabrá quién son de Cubas los labradores; que no hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague.

LILLO. Ni mujer que no se estrague, ni sarna que no se pegue.

ESCENA XVIII

Sale CRESPO con un vaso.—DICHOS.

CRESPO. ¡Hao, par Dios, que viene enteral Buena á mi mujer hallé, y callando, que no hué poco milagro.

BERRUEC. Aquí espera un amigo vuestro.

CRESPO. ¿Es Lillo?

LILLO. Beso á vuesarcé las manos.

CRESPO. ¿Qué tiene, que está amarillo?

LILLO. Corrimientos á traición.

CRESPO. Deme ese pulso. ¡Oh qué malo!

LILLO. Mas ¿qué hay receta de palo?

CRESPO. Tenéis grande opilación.

LILLO. ¿Yo?

CRESPO. De socarronería.

LILLO. ¿Y querréis darme el acero?

CRESPO. Al menos que purguéis quiero toda esa bellaquería. Hacedos la cruz y bebed, que seis reales me costó.

LILLO. Veneno es; mi fin llegó.

BERRUEC. ¿No bebéis?

LILLO. No tengo sed. Beba vuesarcé primero; que siempre fui bien criado.

CRESPO. Acabemos.

LILLO. Ya ha llegado mi muerte; bebiendo muero. Castigos hay menos malos sin que la muerte me deis; riendas y azotes tenéis, darme podéis dos mil palos; pero matarme, ¿por qué?

CRESPO. Que no es veneno, traidor, sino purga que el humor os cure; yo la compré por seis reales con intento de vuestro bien y quietud.

LILLO. Tal os dé Dios la salud como es vuestro pensamiento. ¡Lástima de mí tened; mirad que es cruel castigo el darme veneno!

CRESPO. Digo
que no es sino purga, oled.
LILLO. ¡Puf, qué de ruibarbo echó
el ladrón del boticario!
BERRUEC. Acabad.
LILLO. Extraordinario
castigo el diablo inventó;
aún no ha entrado y ya me urge
las tripas.
MINGO. Beba.
LILLO. ¿Hay más graves
burlas? ¿Sin darme jarabes
quieren que tome la purga?
MINGO. Ea, que no es más de un trago.
LILLO. De mi muerte lo será;
mas pues de cámaras va,
hoy de mi cámara os hago.
CRESPO. Acabemos, ó si no...
LILLO. Allá va. ¡Jesús, mil veces! (Bebe.)
MINGO. ¿Embocólo?
CRESPO. Hasta las heces.
LILLO. ¡Mal haya quien te guió
y la especie que te echaron!
Ea, ya podrán dejarme,
pues me obligan á purgarme
en salud; bien se vengaron.
¡Ay! ya empieza el apretura;
váyanse, porque me voy.
¡Ay, ay, Dios, qué hinchado estoy!
¿No se van? Que de madura
se va cayendo esta fruta.
CRESPO. Sosiéguese.

LILLO. ¡Hay tal tormento!
MINGO. Empiece á contar un cuento.
LILLO. ¿Qué cuento? ¡Pese á la puta
que me parió!
CRESPO. Buenos pagos
nos da.
LILLO. ¿Qué os he de pagar?
CRESPO. La purga.
LILLO. Llegá á cobrar.
CRESPO. ¿De dónde?
LILLO. De los rezagos.
¡Ay, ay! Señores, señores,
pues que ya se han burlado harto,
déjenme. ¡Ay!
MINGO. ¿Está de parto?
LILLO. Sí, hermano, y con los dolores.
¿No basta ya la matraca?
CRESPO. ¿Es niño ó niña?
LILLO. Será
el diablo, pues sabe ya
antes de nacer la caca.
¡Ay! ¿mas que han de hacer que hieda
la burla? ¡Ay! no hay que esperar. (Vase.)
CRESPO. Un tarugo le he de echar
y atalle por que no pueda
her nada.
BERRUEC. Acabad, dejalde.
CRESPO. Venid, veréis lo que pasa.
¡Alcagüetes: alto, á casa,
que yo os purgaré de balde!

ACTO SEGUNDO

PERSONAS QUE HABLAN EN EL

| | |
|-------------------------------------|--------------------------------------|
| DON LUIS. (Toledo.) | DOÑA INÉS. (La dicha.) |
| ALDONZA. (La Sra. Petronila.) | CÉSAR. (Montemayor.) |
| DON DIEGO. (S. P.º) | NUESTRA SEÑORA. (La Sra. Petronila.) |
| LILLO. (San Payo.) | EL NIÑO JESÚS. (San Paico.) |
| DON JORGE. (Cristóbal.) | EL ANGEL. (Antonio de Prado.) |
| MARÍA, monja. (La Sra. Anna María.) | |

En Toledo, á 12 de Agosto de 1614, por Fr. Gabriel Téllez.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS y ALDONZA.

LUIS. ¿Segunda vez me persigues?
ALDONZA. Al amor pongo por juez,
que solamente una vez
te amé por que me castigues;
un amor, una memoria,
un cuidado y un deseo
es siempre el mío, y no veo

una palabra, una gloria,
un favor, una esperanza,
un regalo, una afición,
pues en ninguna ocasión
hallo en tu rigor mudanza.
Castiga, pues, mi porfía,
pues tu rigor la condena,
que por librarte de pena
quiero hacer tu culpa mía.
LUIS. ¿Qué te debo yo?

ALDONZA. No sé.
LUIS. Pues ¿qué me pides?
ALDONZA. Amor.
LUIS. ¿Sin deberle?
ALDONZA. No, señor.
LUIS. Luego ¿debo?
ALDONZA. Sí, á mi fe.
LUIS. La fe sin obras es muerta:
mal fundada deuda cobras.
ALDONZA. Si en mi fe faltaron obras
fué por tu culpa, que es cierta.
LUIS. Bien sé yo que en Torrejón,
patria tuya, heredad mía,
como de burlas tenía
y te mostraba afición;
porque el amor desterrado
del interés, de Madrid,
se fué con discreto ardíd
al campo en que tué criado,
y jugando mano á mano
con los dos junto á una fuente,
sentí un ligero accidente,
que gloria á Dios, ya está sano.
Cumplió su destierro amor,
y, al fin, se ha vuelto á la corte
á pretensión que me importe
de más gusto y más valor;
no puedes llamarme ingrato
siendo aquel amor un juego,
pues si gané, te di luego
mil requiebros de barato.
ALDONZA. No da en barato el avaro
amando de cumplimiento
palabra de casamiento,
que así lo barato es caro;
mas como á todas le das
y sé que juegas agora,
vine á ver á esa señora,
y así si me dices más.
Pero, pues me has despedido
cuando tan humilde llevo,
entenderé que en el juego
con esa dama has perdido;
y más habiéndome dado
ella de barato un gusto,
que es despreciar como es justo
al que á mí me ha despreciado,
pues dió palabra el amor
de castigar el mal trato
de cualquier amante ingrato
con otro competidor.
Doña Inés y el interés
me vengán de tu inconstancia,
que en ella, por su ganancia,
es ya su amor ginovés.
César, traidor, te usurpó
la dama que juzgas fiel,
que es César, y como él,
al fin vino, vió y venció.
¡En buen cuidado te he puesto!
LUIS. Solos estamos los dos,
y á los celos, como á Dios,
se les da la fe muy presto.
Dime lo que en eso sabes,
no aumentes más mis enojos,
que en la boca y en los ojos
no sufre la mujer llaves.

Volverte á amar te prometo
si aquesto vengo á saber:
di, pues paga una mujer
á quien la escucha un secreto.
ALDONZA. Es verdad; pero no en mí,
que el sabello me costó
mil penas.
LUIS. Paguélo yo
con tu amor.
ALDONZA. ¿Querrásme?
LUIS. Sí.
ALDONZA. Aunque tu dureza es tal,
con nueva esperanza llevo,
pues los golpes sacan fuego
del más duro pedernal.
Digo, pues, escucha.
LUIS. Di.
ALDONZA. Que vine á entrar donde estaba
tu dama.
LUIS. Ya lo sé; acaba.
ALDONZA. ¿Consientes el nombre?
LUIS. Sí.
ALDONZA. Luego ¿es tu dama?
LUIS. ¿Pues no?
ALDONZA. ¡Y á mí que me paren duelos!
LUIS. ¡Oh!, pues, ¿si repican celos?
ALDONZA. ¡Oh!, pues, si no he de ser yo
tu dama, cuéntelo ella.
LUIS. Vuelve, espera, que tú eres
entre todas las mujeres.
ALDONZA. ¿Tu esposa?
LUIS. Mi prenda bella.
ALDONZA. Esta dama de ajedrez,
pues se queda con el nombre,
y sin el dueño, aunque es hombre,
que la pagará otra vez.
LUIS. No haré tal si me ha ofendido.
ALDONZA. Pues no ha ofendido en verdad,
que si muestra voluntad
es el señor su marido;
que en saliendo de la calle
tu persona amartelada,
entró tentando la espada
otro de tan lindo talle;
y apenas tocó en la reja,
cuando la buena señora,
porque esperaba la hora,
puesta á sus hierros la oreja,
le respondió y ordenó
un diálogo que llamas (1)
duo de galanes y damas,
cual le tengamos tú y yo.
«Alma, vida, corazón,
quiero, estimo, adoro, amo,
busco, pido, sigo, llamo;
ventura, tiempo, ocasión;
fe, lealtad, constancia, gloria;
obras, palabras, deseos»,
y otros gustos y trofeos,
reliquias de su victoria.
LUIS. ¡Ay de mí!
ALDONZA. Mucho más hay
en su venturosa suerte;
pídele, pues, á la muerte,

(1) Confuso en el texto esta palabra.

si tienes celos, un ay,
que aquesta noche los dos
tienen, cruel, de gozarse,
y esotro día casarse
con la bendición de Dios.

LUIS. Basta, calla, que aunque veo
mi desengaño en tu hablar,
la lengua te he de cortar,
que puedo más que Thereo.
Ni me hables ni veas jamás;
vete.

ALDONZA. Harélo, aunque me pesa,
pues el ave que está presa
por librarse se ata más. (Vase.)

ESCENA II

DON LUIS solo.

¡Oh, tiempo riguroso! ¡Oh, noche aleve
encubridora del amor tirano!
¡Oh, quién al ángel que á los cielos mueve
pudiera detener la diestra mano!
¡Oh, quién al día, cuyo curso breve
la sucesora noche sigue en vano,
le pudiera aumentar mil horas largas,
por más que á mi temor fueran amargas!
Extranjero ladrón, rico dichoso,
metal de estima lejos de su origen,
río á larga corriente caudaloso,
pués ondas tuyas mi chalupa afligen,
dinero con mujeres poderoso,
cuyas armadas letras vencen, rigen,
atropellan, subliman, sueltan, prenden,
dan, quitan, menosprecian y defienden;
atrevido, cobarde, avaro, franco,
maná que á todo sabes, ¿qué me quieres?
Dinero en reales blancos cuyo blanco
es al que miran hombres y mujeres,
si estás como en galera puesto en banco,
¿por qué me haces remar? ¿por qué prefieres
á mi amor el de César extranjero?
Mas ¿quién es natural como el dinero?

ESCENA III

DON DIEGO leyendo una carta y LILLO.—DON LUIS.

DON DIEGO.

Beso mil veces la amorosa firma
de aquella mano venerable y santa
cuya memoria tierna me confirma
el bien que espero y mi temor espanta.
Juana no más por humildad se firma,
que es cifra Juana y la abundancia es tanta
de gracia en Juana, que á su letra vista
la puede acreditar San Juan Bautista.

DON LUIS.

Mi padre viene y por su edad anciana,
contrario á mi deseo y verdes años,
favores busca de la Santa Juana;
no sé si diga en mi opinión engaños,
¡ay de mí triste! que á su tiempo vana
produce mi esperanza tantos daños.

LILLO.

¡Ay de mí que he purgado en pie y vestido
en verso suelto el alma y el sentido.

DON DIEGO.

¿Quién da voces, que en ellas me parece
mi caro don Luis?

DON LUIS.

Yo soy, que siento
de mi fortuna que en desdichas crece
la fuerza que ha de hacer mi fin violento.
Muero rabiando, que morir merece
en tierna edad un loco pensamiento;
rabiando, pues jamás tendrá ventura
para gozar del gusto que procura.

DON DIEGO.

Querido hijo, imagen de mi alma;
calor de mi vejez helada y fría;
de mis trabajos merecida palma:
siempre verde laurel, corona mía,
cuando parece que en serena calma
navega mi esperanza en quieto día,
se me oscurece el cielo porque sienta
cifrada en ese rostro mi tormenta.
De mis hijos, Luis, tuiste el postrero;
tomó la muerte en los demás venganza,
quedaste sólo, y como tal te quiero,
por no tener de otros esperanza.
Cuando tu atrevimiento considero
como eres tú mi ser y semejanza,
si quiero castigarte, al punto digo:
no dice bien amor con el castigo.
Luis: ¿qué tienes? ¿quién te da disgusto?
No sólo al corazón, al rostro llega. (Abrazale.)
¿Hate faltado en ocasión de gusto
fortuna aleve, que es mudable y ciega?
Gasta mi hacienda, tu deleite es justo,
inventa galas, enamora, juega,
mi amor conoces, mi escritorio sabes,
saca dineros, ves aquí las llaves;
mas ¡ay de mí que en esta carta leo
otras razones de mayor estado.
La santa Juana culpa mi deseo
dándome de tu bien mayor cuidado;
su aviso santo y su prudencia creo,
que no suele gozarse mal logrado
el hijo libre, si en edad tan tierna
su padre no le enseña y le gobierna.
Una cuenta santísima me envía
porque en el nombre de tan alta cuenta
me acuerde que he de darla cada día
desa tu edad y libertad violenta.
Ea, pues, hijo, cara prenda mía,
como pasados tus descuidos cuenta
y vive de manera que tu vida
no la dejen los vicios mal perdida.

DON LUIS.

¡Oh, mal haya mi vida, pues en ella,
cuando yo rabio tu sermón escucho!
Quien dió de corta edad larga querella,
de el mundo y de su ley no sabe mucho.
¿Tan vicioso soy yo? ¿Tan mala estrella
me precipita? Con tus quejas lucho,
y pienso yo cuando me miro y veo

que aquesa monja me pintó más feo.
¿Qué cosa hay en el mundo tan cumplida
que no llègue á tener alguna falta?
El sol hermoso, padre de la vida,
con un eclipse se oscurece y falta;
el diamante, en firmeza no vencida
que con sus rayos los del sol esmalta,
no está de faltas y malicia ajeno,
porque, deshecho, sirve de beleno.
La tierra, el agua, el aire, es bueno y malo,
y ya sirve tal vez un elemento
de gusto, y da al manjar vida y regalo
y tal vez de castigo y de tormento.
Humano soy, por sello los igualo,
á uno tendré quejoso, á otro contento;
soy bueno y malo, ajeno de artificio,
tendré alguna virtud como algún vicio.
No mida más la monja por su gusto
los de mi edad, que puede ser que sea
desta mi injusta vida el fin tan justo
que ella le envidie cuando en mí le vea;
y si no se pretende mi disgusto,
ni se reciba cuenta ni se lea
carta de Santa Juana, que es lisonja
llamarla santa cuando sobra monja.

DIEGO. Ya te debo responder
á dos cosas. La primera,
don Luis, porque quisiera
que mudases parecer,
es en la estima y respeto
de Santa Juana, á quien yo
por ver que le mereció,
guardalle siempre prometo;
porque si Naamar me avisa
que tanto estima y respeta
la santidad de un profeta
y aquella tierra que pisa,
que lleva á su patria della
por reliquia soberana,
yo estimo á mi Santa Juana
su tierra y sombra por ella.
Ninguna disculpa salva
á quien culpa un religioso,
que suele vengar un oso
el murmurar de una calva;
cuanto y más que si recibes
por su oración y virtud
los consejos, la salud
y hasta la vida que vives,
no la debes murmurar,
porque parecen tiranos
contra Joseph sus hermanos,
pues él les lleva el manjar
y ellos le venden á él;
pasión de envidia inhumana,
y sustenta Santa Juana
á quien le vende cruel.

LILLO. ¿Que tantas letras alcance
y las historias que escucho
un viejol! Pero ¿qué mucho,
si hay sermones en romance?

DIEGO. La segunda cosa es
que, respetando su nombre,
agora vivas como hombre
y como santo después;
que si yo te di el consejo,
no fué por darte pesar,

sino que quise pagar
la deuda de padre y viejo.
(Hablan entretanto padre é hijo.)

LILLO. Agora llega mi vez,
y convertido en doctor
si quieres santir, señor,
y dar alegre vejez
á tu padre, está en mis manos.
su salud y vida. Espera:
recípe una purga entera
de Cubas y sus villanos,
y verás que en pocos días,
como yo, si á esto te atreves,
serás un santo si bebes
purga de bellaquerías
sin quedar una no más,
porque hice mil seguidillas,
más que la cera amarillas,
y fui poeta por detrás. (1)

LUIS. Padre mío: estoy de suerte
que no me puedo alegrar,
y pienso que has de llorar
por culpa tuya mi muerte
si no me haces un favor
y me cumples un deseo.

DIEGO. Dile, hijo, que no creo
que te le niegue mi amor.

LUIS. César me importa que esté
por esta noche en prisión.

DIEGO. Pues ¿cómo ó por qué razón?

LUIS. (Aparte.) Buena es la que imaginé.
Por las cuchuilladas que hoy
tuvo conmigo á mi puerta.

DIEGO. Poca razón, aunque cierta.
A dalle noticia voy
á un alcalde amigo mío,
que, sin mostrar que es hacer
mi causa, le hará prender
de justicia.

LUIS. Yo confío
de tu amor y diligencia
que me ha de dar este gusto.

DIEGO. Vence, aunque no fuera justo,
el amor á la conciencia.
Yo voy.

LUIS. Vamos, Lillo, pues.

LILLO. Pienso que tu mal gobierno
nos va llevando al infierno
como recua á todos tres. (Vanse.)

ESCENA IV

MARÍA, monja, y LA SANTA.

MARÍA. Doña Ana Manrique está,
madre, de un mortal dolor
de costado cual dirá
esta carta, y con temor (Dásela.)
yo de que está muerta ya.
Fué de don Jorge mujer,
y por lo que á los dos debo,
madre, llevo á interceder
por ella; á mucho me atrevo,
pero por mí lo ha de hacer.

(1) En el original están tachados estos versos que dice LILLO.